

Memorias de la escasez y del arte

- Libros el Asteroide publica la obra de Josep Pla sobre el escultor Manuel Hugué

Álvaro Cortina | Madrid

Actualizado **martes 24/02/2009 10:43 horas**

'Vida de Manolo', de Josep Pla, editado por Libros del Asteroide, es un retrato fruto de la admiración, y comporta un alud de gran estilo y de vitalidad. Manuel Hugué, Manolo, escultor de la 'belle époque' se entrevistó, en **1927**, con Pla bajo el cielo azul de la montaña catalana.

Hugué le facilitó monólogos retrospectivos. Pla tomó nota de todo relamiéndose como Capote cuando quedó con Brando, pero no para denostar a su personaje, sino para ensalzarlo.

"Toda mi vida, aparentemente complicada, como le he dicho, la ha dominado el no haber podido comer siempre lo que he querido. Esto ha provocado que a veces me haya arrodillado ante un plato de judías como un franciscano. Esto me ha llevado incluso a otorgar al simple hecho de vivir toda la importancia que conlleva", apunta Hugué.

Y como el escultor retorció el elemento plástico hasta conseguir esas mujeres suaves de bronce, Pla, cogió su estilete y trazó los cursos afluentes que desembocan en una potente vocación de verdad. En un **retrato desnudo, cabal y directo**. 'Vida de Manolo' es un libro verdadero, retablo honesto de una época y esbozo de un ácrata sin restricciones. No hay rastro de escrúpulo, ni de énfasis, ni de pose.

En el humo del Café del Puerto o el Quatre Gats de Barcelona, ahí encontró Hugué su formación. Solo desde muy pequeño, este artista se condujo por derroteros proletarios, en burdeles ruinosos y cafés concierto, colándose en los teatros de terciopelo rojo y racaneando aquí y allá unos centimillos. Asegura Hugué que de no haber sido artista hubiese sido militar.

Hugué pasaba de intelectualismos, pasaba de cultismos, se consideraba un animal de taller, como los ebanistas y las tejedoras. **Mucho tuvo de marginal**, de billar también. Eso sí, poco respeto por sí mismo.

De sus tinglados de picaresca con dados trucados en las Ramblas **saltó a París**, que lo dejó mojado de tanta lluvia. Contaba que añoraba el calor africano del verano barcelonés, y contaba que hacía el payaso como un arlequín de los lumberas. Allí se hizo amigo de los españoles del lugar, de Albéniz, de Picasso y de Rusiñol (del que Pla hizo otra semblanza en otro libro). **Alfred Jarry**, padre del absurdo escénico, le disparó en una ocasión. El creador de Ubú rey debía tener el gatillo fácil.

El retrato de Picasso

No solía coger tranvías. "Siempre iba andando porque era muy pobre y el progreso me asusta". La celeridad de los servicios le espantaba al catalán, con su gabán raído, desastrado y ultrajado por el hambre, tal y como le retrató Picasso.

La escasez se filtraba hasta dentro de su cartera, pero es que Picasso la pinta casi como inoculada en su torrente sanguíneo. Si la pintura viviera, el Hugué de Picasso tosería como un tísico de la época (¡ah, la 'belle époque!').

Pla también lo conduce en su bella crónica hacia la abstracción, hacia el arte y sus influencias. Al final, los artistas, cuando hablan de arte, terminan hablando de **influencias**, que es lo que les apasiona (¡tan inevitablemente narcisistas que son!). Se ve que Hugué ha departido mucho en tantos y tantos cafés que